



Virgilio

Eugenio de Ochoa

VIRGILIO.

I.

SU VIDA.

En Ándes, hoy Piétola, aldea del territorio de Mántua, á unas dos leguas de esta ciudad, y á la márgen del Mincio, nació en los idus (dia 15) de Octubre del año 684 de la fundacion de Roma, el príncipe de los poetas latinos, Publio Virgilio Maron, siendo cónsules Marco Licinio Craso y Pompeyo Magno. Esta fecha, tan memorable en los fastos de las letras, se ha conservado felizmente con entera seguridad, á causa de la especie de culto que desde los primeros tiempos del cristianismo se tributó á la memoria del gran poeta, considerado, y no sólo entre el vulgo, sino en opinion de los sábios, como un personaje medio fantástico, medio milagroso, precursor de la nueva doctrina y favorecido con el dón de profecía, revelado en los admirables versos de su égloga IV y en otros muchos pasajes de sus escritos: por eso es fama que durante casi toda la Edad Media se solemnizó en Italia el gran dia de su nacimiento como el de una verdadera festividad cristiana. Fué su padre, en opinion de unos, alfarero; tahonero, en la de otros; segun la más vulgar, labrador, y no de condicion libre: su madre se llamó Maia, al decir de unos; Magia Polla, en sentir de los más, que la suponen hija de un tal Magius, de donde tomaron pié, verosímlmente, las mil leyendas que hicieron del Cisne de Mántua en los siglos medios, un gran mago ó nigromante, en cuyo concepto, sin duda, no ménos que en el de altísimo poeta, le eligió el Dante por maestro, iniciador y guia en su viaje por las misteriosas profundidades del mundo sobrenatural. Tuvo dos hermanos, que murieron, niño el uno, y el otro, llamado Flaco, entrado ya en la edad viril. Sea lo que fuere de la verdadera condicion de los padres de Virgilio, es lo cierto que no fué tan humilde, que les impidiese darle una educacion esmerada desde sus primeros años, pues sabemos que, niño aún, estudió gramática en Cremona bajo la direccion del poeta griego

Parthenio, de Nicea, y que de allí pasó á Milan, donde á los diez y seis años, en el del segundo consulado de Pompeyo y Craso (55 a. de J. C.), tomó la toga viril, el dia mismo en que murió el poeta Lucrecio. En Milan, ciudad muy floreciente á la sazón, continuó sus estudios, y allí fué donde tuvo por maestro de filosofía al epicúreo Siron ó Sciron, de quien en dos ocasiones habla Ciceron con elogio. De Milan, donde residió poco tiempo, y después de una estancia en Roma, que niegan algunos biógrafos, se trasladó á Nápoles, célebre entónces por sus escuelas, donde entregado únicamente al estudio, recorrió, puede decirse, el círculo entero de los conocimientos humanos en aquella época, de que dan sus obras numerosos testimonios.

Es dudoso, como arriba dije, si Virgilio estuvo en Roma ántes de su viaje á Nápoles y de la muerte de César, pues fundados en vagas congeturas, unos lo afirman y otros lo niegan; mas en lo que todos están contestes es en que visitó aquella capital del mundo antiguo poco después de la batalla de Filipos, con ocasion de haber sido despojado de su hacienda en la inícua distribucion de tierras que hicieron los triunviros entre sus veteranos. Mandaba á la sazón, por Marco Antonio, en la Galia Cisalpina, C. Asinio Polion, uno de los más amables caracteres y de los personajes más ilustres de aquella época, aficionadísimo á las letras y excelente poeta trágico, cuyas obras, por desgracia, no han llegado hasta nosotros. Polion, como no podia ménos de suceder, tomó bajo su proteccion á Virgilio, ya le conociese de ántes por sus primeros ensayos poéticos, ya hubiese tenido ocasion de conocerle con aquel desgraciado motivo; y habiéndole presentado á Mecénas, este gran privado de Augusto y constante favorecedor de los hombres de mérito, obtuvo para el poeta la restitucion de sus tierras y, galardón de mucho mayor valía, el aprecio y luego la amistad íntima del pacificador de Roma y señor ya del mundo. A esta época, á la sazón en que contaba veinticinco años, corresponde la primera publicacion de las Églogas, de las cuales es comun opinion que hizo una segunda después de publicadas las Geórgicas. Hasta entónces sólo se le conocia por algunas composiciones cortas de escaso mérito, y hoy de dudosa autenticidad, de las cuales sólo el Culex y algunos de los epigramas que corren con el nombre de Catalectos, parece probado que fuesen realmente suyas, aunque tal vez no en la forma misma en que han llegado hasta nosotros.

Suyo parece tambien, y del mismo tiempo, aquel tan conocido epitafio puesto en el sepulcro de un ladron entónces famoso:

Monte sub hoc lapidum tegitur Ballista sepultus.
Nocte, die, tutum carpe, viator, iter.

"Bajo este montón de piedras yace sepultado Balista. Vé ya seguro, caminante, así de dia como de noche."

A la misma época de oscuridad para el poeta, y al vasto campo tambien de las congeturas corresponde la otra anécdota del dístico que apareció escrito en una puerta del palacio de Augusto, un dia en que iban á celebrarse grandes espectáculos públicos después de haber diluviado toda la noche:

Nocte pluit tota: redeunt spectacula mane.
Divisum imperium cum Jove Cæsar habet.

"Diluvia toda la noche, pero mañana se celebrarán las fiestas. César comparte con Júpiter el imperio del mundo."

El dístico, dicen, era de Virgilio; pero habiéndoselo atribuido cierto coplero llamado Batilo, discurrió aquel la ingeniosa traza de escribir en la misma puerta el siguiente verso:

Hos ego versiculos feci, tulit alter honores

seguido del hemistiquio Sic vos non vobis..... tres veces repetido.

"Yo compuse estos versillos y otro se llevó la honra. Así vosotros, no para vosotros....»

Los hemistiquios, á lo que parece, quedaron inconclusos, por ignorancia del usurpador, hasta que el mismo Virgilio hubo de completarlos nada ménos que de estas cuatro maneras: -nidificatis aves, -vellera fertis oves, -mellificatis apes, -fertis aratra boves - (haceis, aves, el nido, -ovejas, os cubrís de vellón, -labrais, abejas, la miel, -arrastrais el arado, ¡oh bueyes!). El cuento es bonito, pero muy inverosímil.

La gran celebridad que alcanzó Virgilio entre sus contemporáneos, arranca de la publicacion de sus Églogas, felicísima imitacion de los idilios de Teócrito, muy superior á su original y primer ensayo de la poesía latina en el género bucólico. Digo que fué grande aquella celebridad, tan honrosa para él como para sus contemporáneos mismos, y en efecto, la demuestran numerosos testimonios, así como los tenemos tambien de que no pasó mucho tiempo después de su muerte, sin que aquella tan merecida celebridad llegase en cierta manera á ser proverbial en Roma: «¡Haya Mecénas y no faltarán Virgilibus!» exclama con generoso entusiasmo nuestro Marcial (Epig. 56, lib. VIII):

Sint Maecenates, non deerunt, Flacce, Marones,
Virgiliumque tibi vel tua rura dabunt.

Noble enseñanza para los poderosos, que, vuelta del revés, podría convertirse en discreta leccion de modestia para las vanidades literarias, pues no sería acaso ménos justo decir: «Haya Virgilibus y no faltarán Mecénas.»

Es opinion muy corriente, que deseosos Octavio y Mecénas de reavivar entre los Romanos la antigua aficion y hasta el honor de la agricultura, de que grandemente los habian apartado las guerras civiles que por espacio de tantos años ensangrentaron el suelo de Italia, dieron á Virgilio el encargo de procurarlo escribiendo un poema encaminado á aquel objeto: tal fué, dicen, el origen de las Geórgicas. Se me resiste creerlo, y es poco creible, en efecto, que tan bella obra poética fuese producto de una inspiracion oficial, cuando tan naturalmente la explican, las aficiones campestres de Virgilio, su inteligencia en las labores rústicas, adquirida en el cultivo de su heredad, y el legítimo deseo de emular la gloria de Lucrecio, presentando bajo un aspecto, nuevo para los Romanos, útil y práctico, el magnífico espectáculo de la naturaleza. Lucrecio la contempla y la estudia como filósofo; Virgilio como agricultor: ámbos, muy especialmente el segundo, como grandes poetas. Treinta y cuatro años tenía Virgilio cuando se retiró á Nápoles para dar principio á su obra, la más perfecta sin duda que nos ha legado la poesía latina: siete invirtió en su composicion, durante los cuales hubo tambien verosímilmente de idear el plan de la Eneida y de prepararse á acometer esta obra inmortal, á que consagró el resto de su vida, sin lograr con todo llevarla á cabal término. Dícese que tardó diez años en componer los seis primeros libros, y cuatro en los demás, sin dejarla, áun así, concluida y limada á su gusto, como lo prueban, á más de la evidente incorreccion de algunos pasajes, los muchos versos incompletos que hay en ella, y que no son, como pudiera creerse, versos que se han perdido ó ha mutilado el

tiempo, sino verdaderos puntales, como él los llamaba (tibicinis al decir de Donato), para asentar en ellos conceptos, y acaso cuadros que notoriamente no están más que bosquejados.

Durante aquel período de catorce años residió en Roma; mas, deseoso de dar la última mano á su poema nacional en el suelo clásico de la poesía, se partió para Atenas, dando con este viaje á Horacio ocasion de componer su célebre oda (3.^a del Lib. I): Sic te Diva potens..., testimonio imperecedero de la tierna amistad que unia á aquellos dos eminentes ingenios. Allí le halló Augusto, que volvía de una expedición á Oriente, y cuando juntos iban navegando para Roma, fué Virgilio acometido de una súbita dolencia, que, agravada con las molestias de la travesía, le precisó á arribar á Brindis, en la costa de Calabria, donde murió, el 10 de las calendas (1.^o) de Octubre del año 735 (19 a. de J. C.), á los 51 de su edad. Trasladados sus restos mortales á Nápoles, en cumplimiento de su última voluntad, fueron enterrados en el camino de Puzola (Pozzuoli), á dos millas de aquella ciudad, en un sepulcro, al que se puso esta inscripción, comunmente atribuida al mismo Virgilio, pero sin fundamento alguno y contra toda verosimilitud:

Mantua me genuit: Calabri rapuere; tenet nunc
Parthenope: cecini pascua, rura, duces.

Instituyó herederos de sus bienes, en primer lugar, á su hermano, de distinto padre, Valerio Próculo; luego á Augusto, á Mecénas, á Lucio Vario y Plocio Tuca, encargándoles que se quemasen los manuscritos de la Eneida, por considerarlos todavía muy imperfectos; mas, desobedeciendo ellos afortunadamente aquel mandato, la publicaron, sin hacer en ella más alteración que la de suprimir tal cual verso desaliñado ú oscuro.

Era Virgilio alto de cuerpo, de porte algo tosco, y rústico aspecto, complexion endeble y aún enfermiza, sujeto á dolencias de la cabeza y del estómago, y á arrojar con frecuencia sangre por narices y boca; sério y melancólico por naturaleza, sóbrio de palabras, no ménos que en la comida y bebida, dulce en su trato y de purísimas costumbres, á tal punto, que en Nápoles se le designaba, dicen, comunmente con el dictado de Parthenia (vírgen), aunque es muy de presumir que esto no pase de ser un equívoco, fundado en la semejanza de las palabras vírgen y Virgilio. Tardo en el hablar, se expresaba con alguna dificultad, pero es fama que leía admirablemente sus propios versos. Jamas conoció la envidia, ántes elogiaba con calor el mérito ajeno: franco y dadivoso en extremo, su máxima favorita era el conocido adagio de Eurípides: Todo debe ser comun entre los amigos. Todos los años enviaba á sus padres, que residían en Andes, cuanto podían necesitar para vivir holgadamente. Tal celebridad llegó á adquirir entre sus contemporáneos, que en las calles y en todos los sitios públicos las gentes le señalaban con el dedo y le seguían en tropel, obligándole á refugiarse en las casas conocidas que encontraba al paso. Un día excitó tal entusiasmo en el teatro la lectura de unos versos suyos, que el pueblo entero se puso en pié para saludarle como si fuera el mismo Emperador. La liberalidad de Augusto le colmó de riquezas. Virgilio poseía y habitaba una casa magnífica en Roma, en el barrio contiguo á la puerta Esquilina (hoy de San Lorenzo), junto á los jardines de Mecénas: poseía además pingües haciendas en la Campania y en Sicilia, donde solía pasar largas temporadas, como más aficionado que era al campo que á la ciudad. Unióle estrecha amistad con los más ilustres ingenios de su tiempo, Horacio, Tíbulo, Propercio, Vario, Galo; fueron igualmente sus amigos, á más de Mecénas y Agripa, principales ministros del Emperador, los más grandes magnates de la corte, Mesala, Polion, Lolio, Varo. Él fué, en union con Vario, quien

presentó á Horacio en casa de Mecéas, y logró, no sin trabajo, vencer el desvío con que naturalmente debia mirarle el poderoso privado de Augusto al soldado vencido en Filipos, que al poco tiempo llegó á ser, sin embargo, el más querido de sus amigos. Todos los biógrafos de Virgilio refieren el hecho, verdaderamente interesante y poético, que un célebre pintor moderno frances, M. Ingres, ha consignado en uno de sus más bellos cuadros. Deseoso Augusto de conocer algunos trozos de la Eneida, cuando aún no tenía el poeta concluidos más que los seis primeros libros, obtuvo de él, á fuerza de ruegos, que le leyese en presencia de su hermana Octavia y de algunos de sus más íntimos amigos los libros II, IV y VI; y al llegar en este al ternísimo episodio de la muerte de Marcelo, fué tal la impresion que produjo en la madre del malogrado mancebo, que le causó un congojoso desmayo, del que vuelta en sí, mandó, en señal de gratitud y admiracion, dar al poeta diez sextercios por cada uno de los treinta y dos versos de que consta; suma cuantiosa para aquellos tiempos, pues ascendia próximamente á unos tres mil duros de nuestra moneda actual.

Dejo sucintamente relatados todos los hechos referentes á la vida de Virgilio que constan de una manera algun tanto auténtica, ya por testimonio fidedigno de sus contemporáneos, ya por relaciones no muy posteriores á la época en que vivió para gloria eterna de las letras latinas. Entrar ahora á referir todas las anécdotas dudosas, ó mejor dicho, todas las consejas, más ó ménos acreditadas, de que ha sido objeto este celebérrimo escritor, sería inacabable tarea. En todos tiempos la imaginacion de los pueblos se ha complacido en pintar con extraordinarios colores las vidas de los hombres extraordinarios, y Virgilio, el gran Virgilio, el poeta antiguo más popular durante la Edad Media, no podia ser excepcion á esta regla general.

Léjos de eso, de ninguno se han divulgado más fábulas en el mundo. Esas fábulas empiezan desde ántes de su nacimiento, y le siguen aun mucho después de su muerte: las más arrancan de tal ó cual aserto injustificado de Donato, cuyo texto, como ya he dicho, lleno de evidentes intercalaciones, merece poca confianza. A la categoría de las ficciones poéticas con que el entusiasmo de sus apasionados quiso engalanar la memoria del cantor de Eneas, pertenece en primer término, por órden de antigüedad, el sueño atribuido á su madre Maia, de quien cuentan que, estando embarazada de él, soñó que habia parido un ramo de laurel, el cual, plantado después por ella, habia prendido y crecido hasta adquirir forma de corpulento árbol cargado de várias frutas. De aquí suponen que tomó su nombre Virgilio (de virga populea), y no Vergilio, como se lee en varios códices y grabados antiguos, leccion que conservan y defienden todavía algunos editores alemanes. A la inversa de nuestro insigne dramático Calderon, de quien cuenta su biógrafo don Juan de Vera Tassis y Villaroel, que en el vientre de su madre lloró tres veces; Virgilio no lloró ninguna en su nacimiento, fenómeno poco ménos singular é igualmente significativo que aquél, pues en ámbos casos se presenta como presagio de una naturaleza excepcional. Considerado unas veces como profeta, otras como nigromante, siempre como un ingenio superior, no hay género de extravagancia que no haya pasado por la cabeza de alguno de sus fanáticos, para atribuírsela, ya á su persona, en forma de aventura novelesca, ya á sus escritos, en concepto de sentido recóndito, ó de significacion profundísima . ¡Disculpables errores del entusiasmo y del amor! Si Virgilio no fué un profeta, ni un mago, ni un semi-dios, como fingió la exaltada imaginacion de los pueblos en los antiguos siglos de fe robusta y credulidad fácil, fué sin duda, á lo ménos, una de las más grandes, hermosas y nobles figuras con que se honra la historia de la humanidad.

II. LAS ÉGLOGAS.

(BUCÓLICA.)

Pasan estas breves composiciones, en sentir de algunos críticos, por las más acabadas y excelentes obras de Virgilio, especialmente la I, la IV y la X; pero, con toda la admiración que me inspiran, no diré yo otro tanto: prefiero con mucho las Geórgicas, y por lo que respecta á la Eneida, ni término de comparación hay,

1. ¡Onorate l'altissimo poeta! (INFERNO).
2. (1) De Finibus, II, 35; Ep. ad diversos, VI, 11.
3. Alude á la costumbre antigua de lapidar á los malhechores.
4. No estará de más prevenir aquí que el actual recinto de Nápoles no es exactamente el mismo que ocupaba en tiempo de los Romanos. El sepulcro del gran poeta, despojado ya del laurel que en su honor plantó el Petrarca, está hoy casi dentro de la ciudad, en una altura, á la entrada y un poco á la izquierda de la gruta de Pausilipo, á unas dos millas próximamente de las ruinas que aún se ven de la antigua Partenope, en dirección á la parte de la costa, que fué la ciudad de Cumas. Es fama que unos cincuenta años después de la muerte del poeta, Silio Itálico compró de un labrador el terreno en que se halla situado este sepulcro.
5. Leemos en los escritores de la Historia Augusta que ya en tiempo de Adriano y de Severo se consultaban sus obras poco ménos que como un texto sagrado, siendo las Cortes Virgilianæ una práctica general de adivinanza entre los devotos del gran poeta.

pertenece en primer término, por orden de antigüedad, el sueño atribuido á su madre Maia, de quien cuentan que, estando embarazada de él, soñó que habia parido un ramo de laurel, el cual, plantado después por ella, habia prendido y crecido hasta adquirir forma de corpulento árbol cargado de varias frutas. De aquí suponen que tomó su nombre Virgilio (de virga populea), y no Vergilio, como se lee en varios códices y grabados antiguos, lección que conservan y defienden todavía algunos editores alemanes. A la inversa de nuestro insigne dramático Calderon, de quien cuenta su biógrafo don Juan de Vera Tassis y Villaroel, que en el vientre de su madre lloró tres veces; Virgilio no lloró ninguna en su nacimiento, fenómeno poco ménos singular é igualmente significativo que aquél, pues en ámbos casos se presenta como presagio de una naturaleza excepcional. Considerado unas veces como profeta, otras como nigromante, siempre como un ingenio superior, no hay género de extravagancia que no haya pasado por la cabeza de alguno de sus fanáticos, para atribuírsela, ya á su persona, en forma de aventura novelesca, ya á sus escritos, en concepto de sentido recóndito, ó de significación profundísima [1]. ¡Disculpables errores del entusiasmo y del amor! Si Virgilio no fué un profeta, ni un mago, ni un semi-dios, como fingió la exaltada imaginación de los pueblos en los antiguos siglos de fe robusta y credulidad fácil, fué sin duda, á lo ménos, una de las más grandes, hermosas y nobles figuras con que se honra la historia de la humanidad.

II.

LAS ÉGLOGAS.

(BUCÓLICA.)

Pasan estas breves composiciones, en sentir de algunos críticos, por las más acabadas y excelentes obras de Virgilio, especialmente la I, la IV y la X; pero, con toda la admiración que me inspiran, no diré yo otro tanto: prefiero con mucho las Geórgicas, y por lo que respecta á la Eneida, ni término de comparación hay, á mi juicio, entre

aquellos verdaderos juguetes literarios, preciosos, sin duda, como obra de un divino ingenio, y este grande y magnífico monumento, superior á cuanto ha producido la poesía épica en todos los siglos, si se exceptúan únicamente los poemas de Homero. El entusiasmo de aquellos críticos tiene, sin embargo, una explicacion, y yo creo encontrarla en el hecho de haber sido las Eglogas para ellos un objeto único, ó cuando ménos muy principal, de estudios sobre Virgilio: en este caso están generalmente los traductores de esa sola parte de sus obras. Los hombres nos apasionamos naturalmente por aquello que más á fondo estudiamos y conocemos, y á fuerza de concentrar la atencion en un texto único y de ahondar y darle vueltas y considerarle bajo todos sus aspectos, acabamos por descubrir en él sentidos misteriosos y primores ocultos, que acaso no existen más que en nuestra imaginacion acalorada.

Lo que hay, sin duda, en las Eglogas es una lozanía juvenil y cierta gracia candorosa, que les comunican un encanto indecible. Otro de sus grandes atractivos es que en ellas, más que en otra alguna de las composiciones del poeta, descubrimos, por decirlo así, la personalidad de éste, y podemos seguir, en medio de los grandes sucesos públicos de su tiempo, las vicisitudes de su modesta vida privada y la influencia que sobre ésta tuvieron aquellos. Las Eglogas nos ponen hasta cierto punto en comunicacion con sus grandes amigos y protectores, á la par que nos revelan la tierna y viva gratitud con que pagaba sus beneficios, á la manera que sólo saben y pueden hacerlo los grandes hombres. En pago de sus favores, él, con sólo mentarlos en sus versos, les aseguraba la inmortalidad.

Obras evidentemente de su juventud, y las primeras suyas que han llegado hasta nosotros, las Eglogas parecen haber sido objeto de la especial predileccion de su autor, y de ello tenemos un indicio vehemente en la especie de complacencia con que las recuerda, señaladamente al fin de las Geórgicas y al principio de la Eneida. Muchas razones justifican aquella predileccion. En primer lugar, Virgilio era aficionadísimo á la vida y á las labores del campo, de lo cual dan testimonio todos sus escritos, y era muy natural que se recrease en el ejercicio de la poesía bucólica: á las Eglogas debió su primera celebridad en Roma, y esa celebridad le valió, primero la proteccion y luego la amistad íntima de Mesala, Galo, Varo, Polion, Mecénas, y por éstos las del mismo Octavio, fuente para él de los más dulces goces de la inteligencia y del corazon, así como de la paz y bienestar de que disfrutó toda su vida; por último, bastaba que fuesen sus primeras obras para que les tuviese particular cariño; achaque común á todos los autores, como á todos los padres.

La fecha aproximada de cada una de las Eglogas nos es perfectamente conocida, por su propio contexto, salva una excepcion, que es la VII (Melibeo); pero aún, á falta de ese dato, ó suponiendo que no estuviese tan claro como quieren los comentadores, todavía basta á demostrar la prioridad de esas composiciones sobre las demás de Virgilio, el testimonio unánime de los más antiguos y autorizados intérpretes. Un afamado gramático, Pomponio, que vivió en tiempo de Tiberio, dice que Virgilio empezó á escribir las Eglogas á los veintitres años. Probo, que vivió en tiempo de Neron, y Asconio Pediano, que floreció en el de Vespasiano, suponen que las compuso á los veintiocho, á cuyo parecer se arrima Servio, gramático ilustre del siglo V, y el más diligente de los antiguos escoliadores de nuestro poeta: Servio dice que las escribió á los veintinueve, concordando todos con la más que dudosa autoridad de su biógrafo Donato, en que las concluyó en tres años. Hoy es opinion generalmente admitida que empezó á escribirlas el año 710 de Roma, es decir, á los veintiseis de su edad, y que compuso la última en el de 717, tardando, por consiguiente, en la composicion de todas siete años.

Sabido es que en ellas se propuso Virgilio imitar al poeta siciliano Teócrito, nacido en Siracusa, y griego de origen, cuyos idilios, compuestos en la lengua de Homero unos tres siglos ántes de Jesucristo, siguió muy de cerca, y áun tradujo á veces casi literalmente. Teócrito pasa por el gran maestro y fundador de la poesía bucólica; pero no hay para qué decir, pues es cosa de nadie ignorada, que la gloria de Virgilio ha acabado por eclipsar la suya en términos que sólo dura ya como un reflejo, por decirlo así, de la del gran poeta latino. Tarea muy prolija sería ir señalando todas las imitaciones de Teócrito que á cada paso ofrecen las Eglogas: otros lo han hecho con exquisita diligencia, en especial D. Félix M. Hidalgo, en la apreciable traducción en verso que de ellas publicó en Sevilla (1829), y como me propongo descartar de mi trabajo cuanto pertenece á lo que yo llamaria la erudición fácil, y abstenerme de repetir lo que otros han dicho ántes y mejor que yo pudiera hacerlo, me limito á esta indicación. Otra noticia curiosa daré á los aficionados á esta clase de estudios: si quieren apurar hasta lo último el punto de las imitaciones de Teócrito que se hallan en Virgilio, consulten la erudita obra publicada en Paris, en 1825 (tres tomos 8.º), por el profesor F. G. Eichhoff, bajo el título de *Etudes grecques sur Virgile*. Allí encontrarán un cotejo minucioso, verso por verso, de los dos textos griego y latino: es libro raro, aunque tan moderno, y de que poseo un ejemplar á disposición de los que puedan tener interés en consultarlo. Al decir del sábio profesor, sólo las églogas I, IV y VI pertenecen exclusivamente á Virgilio.....

El orden en que nos han llegado las Églogas, y en que generalmente se imprimen en todas las ediciones, que es el mismo en que las contienen los más antiguos códices, no es evidentemente el cronológico, ó sea el de su composición. Un moderno humanista francés, M. Desaugiers, ha esclarecido con sana crítica este punto, más curioso que importante, por lo cual me limito (fiel á mi propósito de ahorrar erudición postiza) á apuntar aquí esta indicación; advirtiendo que, en sentir del crítico moderno, el orden que hoy llevan no se les dió evidentemente en su origen más que con una mira, que podrémos llamar de simetría, para que alternasen las dialogadas con las que el poeta puso en relación ó en monólogo; orden poco racional, sin duda, casi pueril, pero tan consagrado ya por el uso, que ningun editor de nota, fuera del citado M. Desaugiers, se ha atrevido á alterarles, ni es probable que ya se altere.

Los principales traductores españoles que yo conozco de las Églogas, son: Juan de la Encina, cuya obra, primorosamente versificada por cierto, no es una verdadera traducción, sino una imitación; puede consultarse más como objeto de curiosidad que de estudio; el M. Fr. Luis de Leon, que las tradujo en prosa y en verso, trabajos, por cierto, poco felices uno y otro; lo digo con todo el respeto que debo y profeso á aquel grande escritor, y toda la desconfianza propia de quien atropella una opinión general y el voto nada ménos que de un D. Gregorio Mayans y Císcar, que las pone en las nubes; obra probablemente de su primera juventud, de que hay varias ediciones; Juan Fernandez Idiaquez; cuyo libro, impreso en Barcelona, en 1574, por Pedro Malo, no he logrado ver, ni tengo de él más noticia que las que dan D. Tomás Tamayo de Vargas y D. Gregorio Mayans, el cual dice que la traducción es parafrástica y elegante; el M. Diego Lopez, traductor en prosa muy mediana de todas las obras de Virgilio (Valladolid, 1614: hay varias ediciones); Cristóbal de Mesa (Madrid, 1618) y D. Juan Francisco de Enciso Monzon (Cádiz, 1699). Hablo aquí sólo de los que ya podemos llamar antiguos, y que tradujeron todas las Églogas, á que hay que añadir los ilustres nombres del M. Francisco Sanchez de las Brozas, que tradujo y comentó sábiamente la I; de Gregorio Hernandez de Velasco, nuestro más ilustre traductor de La Eneida, que puso igualmente en verso la I y la IV, y Juan de Guzman, el conocido traductor de Las Geórgicas, que vertió en elegantes versos la X. Entre los modernos conozco, y alguna vez he consultado con

fruto, al ya citado D. Félix M. Hidalgo (Sevilla, 1829), á D. Francisco Lorente (Madrid, 1834) y á D. Juan Gualberto Gonzalez, que incluyó su traducción en verso de las Eglogas en el tomo primero de sus Obras en verso y prosa (tres tomos, Madrid, 1844). Virgilio dió á estas composiciones el nombre griego de bucólicas, que vale tanto como boyeras, ó segun se decia antiguamente y las llaman algunos de nuestros escritores, boyerizas.

III.

LAS GEÓRGICAS.

Son éstas, á no dudar, la más bella y acabada obra de Virgilio, y acaso de toda la antigüedad pagana. Escritas cuando el ingenio, el saber y el juicio del autor habian llegado á cabal madurez, todo en ellas presenta, hasta donde cabe en lo humano, el sello de la perfeccion. Treinta y cuatro años tenía Virgilio cuando empezó á escribirlas, si no por expresa orden de Mecénas, como generalmente se cree (sobre lo cual ya dije en la Vida del autor, lo que se me alcanza), á lo ménos por inspiracion suya, segun claramente se desprende de aquel pasaje del lib. III (versos 40 y siguientes), que ha dado pié á la anterior suposicion. Siete años invirtió en componerlas, y á lo que podria deducirse de los cuatro

1. Leemos en los escritores de la Historia Augusta que ya en tiempo de Adriano y de Severo se consultaban sus obras poco ménos que como un texto sagrado, siendo las Cortes Virgilianæ una práctica general de adivinanza entre los devotos del gran poeta.

2. III.

3. LAS GEÓRGICAS.

4. Son éstas, á no dudar, la más bella y acabada obra de Virgilio, y acaso de toda la antigüedad pagana. Escritas cuando el ingenio, el saber y el juicio del autor habian llegado á cabal madurez, todo en ellas presenta, hasta donde cabe en lo humano, el sello de la perfeccion. Treinta y cuatro años tenía Virgilio cuando empezó á escribirlas, si no por expresa orden de Mecénas, como generalmente se cree (sobre lo cual ya dije en la Vida del autor, lo que se me alcanza), á lo ménos por inspiracion suya, segun claramente se desprende de aquel pasaje del lib. III (versos 40 y siguientes), que ha dado pié á la anterior suposicion. Siete años invirtió en componerlas, y á lo que podria deducirse de los cuatro últimos versos, dado que fuesen suyos, punto dudoso, debió componerlas en Nápoles.

5. Su modelo en el nuevo género que emprendia después de las Églogas fué Hesiodo, el anciano de Ascra, á lo que él mismo declara en el verso 176 del lib. II.

6. No ménos que á Teócrito sobrepujó Virgilio á Hesiodo, cuyo poema de Las Labores y los Dias, que al parecer le sirvió de modelo, dividido en su discurso por meses, á modo de calendario, es de una insoportable monotonía. Hesiodo es más agricultor que poeta; Virgilio por el contrario.

7. Divide éste su poema en cuatro libros, que tratan: el primero, de las cualidades y labranza de las tierras; el segundo, del arbolado, y particularmente del olivo y de la vid; el tercero, de los ganados, y el cuarto, de las abejas.

8. Todos convienen en que las Geórgicas son un admirable trozo de poesía, pero hay quien le niega la verdad en los preceptos y el mérito de la utilidad: en suma, se las acusa de ser un mal tratado de agricultura. Sin echármela de competente, desde luego me atrevo á declarar infundada la acusacion, y una de las razones que tengo para ello es ver citado á Virgilio como autoridad por las primeras autoridades en la materia; entre ellas Plinio el naturalista, nuestro español Columela, y áun el mismo Herrera, á pesar de los

muchos siglos trascurridos y de la consiguiente gran diferencia en ideas y costumbres. Como si escociese á los críticos declarar sin restriccion el mérito de una obra, no parece sino que por fuerza han de sostener que flaquean por algun lado las que por todos los demás se ven en la dura necesidad de proclamar excelentes.

9. Las Geórgicas (Geórgicos dice Jovellanos, acaso porque subentendiendo el sustantivo libros, en sus Apuntamientos sobre el dialecto de Asturias, obras completas, tomo I, pág. 345) han tenido los mismos ilustradores é intérpretes que las Églogas y la Eneida; pero creo que todavía pusieron en ellas mayor diligencia que en estas últimas, por razon sin duda de sus mayores utilidad y perfeccion.

10. Los más notables traductores españoles de las Geórgicas son, creo yo, Fr. Luis de Leon, Juan de Guzman y Cristóbal de Mesa. El primero hizo de ellas tres traducciones, una en prosa y dos en verso; de los libros III y IV no hizo, ó á lo ménos no conozco, en verso más que una. De estas traducciones poéticas dobles, una está en octavas, otra en estrofas de seis versos, á que era Fr. Luis tan aficionado. Siento decirlo: ni unas ni otras, y ménos aún la traduccion en prosa, me parecen dignas de aquel clarísimo ingenio. No le estaria bien ponerles defectos á quien seguramente tiene muchos más que hacerse perdonar; pero créame el benévolo lector: para que yo me decida á menospreciar unos escritos de todo un Fr. Luis de Leon, preciso es que esté muy convencido de que valen poco, y que para formar esta conviccion haya allegado muchos y muy patentes desaciertos de aquel gran maestro, que (ya lo dije al hablar de las Églogas) los cometió sin duda en su primera juventud, y los compensa á veces, como no podia ménos de suceder, con bellezas de primer orden.

11. Don Gregorio Mayans, en la coleccion de las obras y traducciones de Virgilio, que publicó en cinco tomos (Valencia, 1795, oficina de los hermanos Orga), da preferencia á la traduccion poética de Guzman sobre la de Cristóbal de Mesa, á quien moteja de hacer grande abuso de la sinalefa; pero con igual razon pudo acusar á Guzman de ménos que mediano poeta y pesadísimo comentador, por más que fuese discípulo del Brócense y que Lope, en su Laurel de Apolo, silva 2.^a, le llame Virgilio castellano. Todo bien considerado, prefiero á Cristóbal de Mesa. Del maestro Diego Lopez, que tambien puso en prosa castellana las Geórgicas, tomando mucho de Fr. Luis de Leon, sólo hay que decir que no vale más esta parte de su trabajo que las otras.

12. Alcanzan gran celebridad en Europa la traduccion francesa de este poema por Delille, y las inglesas de Warton y Dryden.

13.

14. IV.

15. LA ENEIDA.

16. Hemos llegado á la última, á la más importante y celebrada de las composiciones de Virgilio, por la que es más conocido en el mundo como príncipe de los poetas latinos, y que constituye una de las pocas verdaderamente grandes epopeyas nacionales, que registra en sus páginas la historia de la literatura general. Realmente, en mi sentir, no hay más que dos: la Iliada y la Eneida, pues ni la misma Odisea, ni la Farsalia, ni los Argonautas, entre los antiguos, ni el inmortal poema filosófico del Dante, entre

17.

18. IV.

19. LA ENEIDA.

20. Hemos llegado á la última, á la más importante y celebrada de las composiciones de Virgilio, por la que es más conocido en el mundo como príncipe de los poetas latinos, y que constituye una de las pocas verdaderamente grandes epopeyas nacionales, que registra en sus páginas la historia de la literatura general. Realmente, en mi sentir, no hay más que dos: la Iliada y la Eneida, pues ni la misma Odisea, ni la Farsalia, ni los

Argonautas, entre los antiguos, ni el inmortal poema filosófico del Dante, entre los modernos, ni los *Lusiadas* de Camoens, ni la *Araucana* de nuestro Ercilla, ni los poemas del Tasso y el Ariosto, ni, ménos aún, la *Enriada* de Voltaire, ni, en suma, otro alguno, antiguo ni moderno, que yo recuerde, tiene el gran carácter de nacionalidad que se requiere para merecer aquel dictado. Más lo tienen, si bien no puede dárseles el nombre de epopeyas, nuestros Romanceros, considerados en conjunto, y los *Niebelungen* de Alemania.

21. Es tanto lo que se ha escrito acerca del inmortal poema de Virgilio, que muy poca es ya, creo yo, lo que á ello podrian añadir de nuevo ó de interesante, ni aun los más doctos, y con mucha más razon los que no lo somos. Prescindiendo de los antiguos comentadores, que le han desmenuzado verso por verso y palabra por palabra, bastan los prolijos análisis de los modernos, desde La Harpe, Le Batteux y Blair, en sus respectivos tratados de literatura, que ya nadie lee (lo cual me parece una injusticia, pues hay en ellos mucho bueno que aprender), hasta los recientes estudios de Michaud, Tissot, Magnier, Patin, Sainte-Beuve y tantos otros, para dar una idea tan cabal como creo posible darla, de todas y cada una de las bellezas de composicion y detalle, ó sea de pensamiento y de diction, que hay que admirar en la *Eneida*, y hacen de ella una de las obras más cercanas á la perfeccion con que se honra el ingenio humano.

22. Reune este poema, en su indisputable unidad, por más que algunos críticos descontentadizos se la disputen, lo que pudiéramos llamar una fusion de los dos pensamientos que dan asunto y vida á los dos más grandes poemas de la antigüedad pagana, la *Odisea* y la *Ilíada* de Homero; los seis primeros libros de la *Eneida*, destinados á referir las peregrinaciones del héroe troyano, son, así puede decirse, su *Odisea*, y los otros seis, en que se cuentan sus afanes y batallas en el Lacio, son su *Ilíada*: dos acciones en realidad, ó mejor dicho, dos grandes períodos distintos de una misma accion, desarrollada en un poema perfectamente uno. De la propia manera se refunden tambien en la obra del poeta, con maravilloso artificio, el mundo de la fábula griega y el de la fábula ausonia; en ella, por último, señaladamente en su incomparable libro IV, se nos revela, por primera y única vez, en la literatura gentílica, el sentimiento del amor, no ménos que el de la amistad, en el bellísimo episodio de la muerte de Niso y Eurialo, con algo del idealismo sublime que caracteriza á esos, como á los demás afectos del alma, en las sociedades cristianas. Por esta razon ha dicho con profundo sentido un ilustre poeta moderno que Virgilio es un coloso del mundo antiguo, cuya cima iluminan un poco los primeros fulgores de la estrella de Belen. Virgilio, en efecto, es ya casi un poeta cristiano. Tales son, creo yo, los grandes rasgos característicos de la *Eneida*, considerada en conjunto.

23. Pasan por sus tres libros más excelentes, si se me permite este pleonasma, el I, el IV y el VI. Son realmente los más acabados, pero no hay uno solo entre los demas que no contenga bellezas de primer orden, entre las cuales descuellan, en mi sentir, la pintura de la muerte de Príamo, en el II; la de la ciudad del Rey Evandro, y la descripcion de las armas forjadas por Vulcano para Eneas, en el VIII; el episodio (si tal puede llamarse) de la expedicion y muerte de Niso y Eurialo, en el IX, y la encantadora historia de Camila, en el XI.

24. A vueltas de grandes alabanzas, tampoco han faltado á la *Eneida* severas censuras, y algunas merece realmente, como toda obra humana. Ya he dicho que se ha puesto en duda su unidad, primera y esencialísima condicion de toda composicion literaria; cargo que considero injusto. Háse puesto tambien en tela de juicio el carácter mismo del protagonista, motejado por muchos de nimiamente piadoso, débil y lloron; hasta se ha discutido su probidad con relacion á la infeliz y burlada Dido, al mismo tiempo que otros ¡contradiccion palmaria! le acusan de ser demasiado perfecto para hombre. Los

que tales cargos dirigen al poeta y á su creacion, no consideran que Eneas, como hijo de una diosa, y personaje, por consiguiente, más mitológico que histórico ó real, no debe ser juzgado por las reglas comunes que rigen á la flaca humanidad, y que al consumir el gran sacrificio de abandonar á su demasiado tierna amante, no hacía más que obedecer el mandato directo de Júpiter, absolutamente obligatorio para él, en las creencias paganas, por cuanto en ellas, como en todas las religiones, inclusa la nuestra, verdadera, las leyes divinas van siempre por delante y por encima de las humanas.

25. Háñse notado tambien en el poema algunos descuidos. Guerreros muertos lastimosamente en un libro reaparecen llenos de vida y sembrando estragos pocos libros después. Cierta que queda el recurso de suponer piadosamente que son otros del mismo nombre; pero tampoco es violento, y juzgo más verosímil, admitir (¿por qué no?) que tambien á Virgilio es aplicable el aliquando bonus dormitat de Horacio. Hay, con efecto, en la Eneida trozos bastante descuidados, notoriamente faltos de lima, como hay algunos versos sin concluir: ¿qué prueba esto que la muerte no le dejó tiempo para dar la última mano á su obra, lo cual consta por irrecusables testimonios. Los que tal descubrimiento hacen pues hoy, no nos dicen nada nuevo. Cierta es tambien que se nota un poco de monotonía en la descripción de las batallas y de los combates singulares; defecto inherente á la materia, y de que no está exento ni aún el mismo Homero; y con esto creo haber apuntado de buena fe todo lo sustancial que se ha dicho contra la Eneida: para recordar las merecidas alabanzas de que ha sido objeto, necesitaría llenar volúmenes.

26. La mejor traducción castellana de la Eneida que conozco es la de Gregorio Hernandez de Velasco, de que se han hecho varias ediciones. Está en verso suelto, con los discursos en octavas, y ofrece la singularidad de que esta parte del trabajo del traductor, seguramente la más difícil, es tambien la que más vale. Otra traducción hizo, bastante compendiada, y tambien en verso, años atrás, mi querido amigo D. Sinibaldo de Mas y Sanz, recientemente arrebatado á las letras. Entre las traducciones extranjeras, la que mayor celebridad alcanza en Europa, á lo que entiendo, es la italiana, en verso, de Aníbal Caro.

27.

28. Eugenio de Ochoa,

29. de la Academia Española.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



editorial del cardo